

unos ojos luminosos. A los doce años Juanico entró a servir en una casa de labranza; era el guadapero que llevaba la comida a los jornaleros que estaban labrando lejos; hacía las faenas más rudas; soportaba las bromas más brutales y feroces de los mozos de la casa. Una noche de San Juan, por divertirse, los labriegos comenzaron a man-tearlo; una de las veces que lo lanzaron por el aire cayó al suelo y se rompió una pier-na. Estuvo dos meses en una cuadra, acos-tado sobre un montón de paja, curándose la fractura. Cuando estuvo un poco bien, cuando ya podía andar y moverse de un lado para otro, ocupándose en las faenas de la casa, se cometió un robo en la labor: del cajón del mayoral o encargado quitaron unas monedas. Juanico no sabía nada del robo; pero lo llevaron al pueblo y lo tuvieron tres meses en la cárcel.

La mujer del carcelero se compadeció de Juanico; el preso no daba nada que hacer, no decía nada, no se quejaba nunca. Dos hijos del carcelero cayeron enfermos de vi-ruela. Como Juanico inspiraba confianza a todos, andaba por la casa del alcaide de la prisión y hacía todos los menesteres de ella; durante la enfermedad de los dos chicos él no se separó jamás de su cama. Los aten-día, les daba las medicinas; velaba todas las noches, sin dormir una hora, junto a ellos.

Al ponerle en libertad, Juanico no sabía qué hacer. Buscó trabajo, entró a servir en una casa de Villarrobledo y allí estuvo ocupado en labrar seis años la tierra.

Como las cosechas iban mal, el propieta-rio de la finca hizo reducción en el personal; Juanico no tenía mujer ni hijos; él fué el que se quedó sin trabajo. Anduvo durante algunos meses por los caminos, durmiendo en las afueras de los pueblos, comiendo los mendrugos que le daban de limosna. Un día encontró en una carretera a un grupo de labriegos que se marchaba a un puerto de mar. Le dijeron que se fuera con ellos y él comenzó a caminar en su compañía. Doce años estuvo fuera de España, en América.

Cuando volvió a la Mancha todo estaba lo mismo. Juanico era también el mismo de antes. No tenía a nadie en el mundo, ni tenía nada. Pidió trabajo en algunas labores

y labró las tierras. Un matrimonio de jorna-leros le daba albergue en su casa; Juanico les retribuía con lo que ganaba. En 1885 se extendió el cólera por España. Juanico esta-ba entonces en Criptana; las familias pu-dientes del pueblo se ausentaron. Se sus-pendieron o redujeron a lo indispensable los trabajos del campo. Juanico se quedó des-ocupado. En Criptana él entraba en las casas de los coléricos; ayudaba a los médicos; se acostaba en la misma cama de los enfermos para hacerlos reaccionar. Uno de los médi-cos se compadeció de él y le dió trabajo en una finca suya.

Tenía Juan el de Juan Pedro entonces cerca de cuarenta años; era tan delgado y estaba tan pálido como cuando adolescente. Se levantaba a las cuatro de la mañana; sacaba de la cuadra la yunta; aparejaba las mulas y se marchaba con ellas a las tierras que tenía que labrar. Todo el día, de la ma-ñana a la noche, lo pasaba en la inmensa llanura abriendo surcos simétricos, larguísi-mos, paralelos. Unas picazas revolaban en el cielo azul; otras yuntas caminaban lentas, muy lentas, allá a lo lejos. Al anochecer, cuando el sol hacía rato que se había pues-to, Juanico volvía a la labor. Cenaba enton-ces con los demás jornaleros y se acostaba.

Al cabo de estar siete años en la hacienda del médico, cuando murió el propietario y la finca fué dividida entre los herederos, Jua-nico volvió a quedar sin trabajo. Ya enton-ces estaba más pálido y más delgado que nunca. Apenas tenía fuerzas; le daban de cuando en cuando unos profundos desmayos. Se encontró sin trabajo y no supo qué hacer ni dónde ir. Comenzó a andar por los cami-nos; eran sus compañeros las avecicas del cielo y los cañes perdidos. Llevaba un zurrón a la espalda y en él metía los mendrugos que le daban. Un perro vagabundo y exte-nuado, con unos ojos brillantes, se incorpo-ró a él y no le dejaba en sus caminatas.

Juanico le cobró cariño y juntos comían el pan que recogían de puerta en puerta. Como hacía mucho tiempo—desde niño—que no había estado en los Prietos, y como no tenía que hacer nada, un día se le ocu-rrió ir allá a ver si la casa estaba lo mismo que antes. Era en invierno; llegó a los Prie-

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 8 de la última página. Le interesa.